Costumbrismo y poesía en *Platero y yo*

I. Palmira Arnáiz Amigo

Quizá el título suscite algún gesto de escepticismo. ¿Costumbrismo en Juan Ramón Jiménez, el excelso poeta para la *inmensa minoría?* Y, sin embargo, el diamante poético que es *Platero y yo* está lleno de calor humano y es, sin duda, uno de los libros donde más vigorosamente se expresa la auténtica personalidad del poeta.

> «El verso es menos nuestro que la prosa —decía J. R. Jiménez—. Por eso, se ve más en nuestra prosa nuestro valor verdadero.» [1]

Impresionismo y musicalidad se engarzan armoniosamente en cada breve capítulo. El primero mediante esa gama cromática de adjetivos que encontramos con tanta frecuencia.

> «Platero, cada vez que sonaba un estallido se estremecía azul, morado, rojo en el súbito iluminarse del espacio...
>
> ¡Oh, qué pavos reales encendidos, qué macizos aéreos de claras rosas, qué faisanes de fuego por jardines de estrellas!»
>
> «Los fuegos»

No hace falta tener un oído musical refinado para sentir la musicalidad de este extraordinario libro. A veces, el engarce adjetival, de resonancias becquerianas, sugiere acordes armoniosos en tono menor.

> «Platero, ¿habrá un paraíso de los pájaros? ¿Habrá un vergel verde sobre el cielo azul, todo en flor, de rosales aúreos, con almas de pájaros blancos, rosas, celestes, amarillos?»

En esta atmósfera, donde color y armonía parece como si fueran, junto a la magia poética, los elementos esenciales, subyace un costumbrismo juanramoniano que revela el profundo humanismo del poeta, su acercamiento entrañable hacia las personas, costumbres y naturaleza de Moguer. Es, precisamente, el hálito poético lo que le diferencia notablemente del costumbrismo decimonónico («Fígaro», Mesonero Romanos, Estébanez Calderón, Bécquer, etc.) aunque coincida con él en algunos rasgos esenciales [2].

Los rasgos peculiares del costumbrismo juanramoniano serían los siguientes:

Lirismo, profundo humanismo, suave ironía ante los defectos humanos; lo social siempre va envuelto en celajes poéticos; extraordinaria delicadeza de expresión, aun en los momentos crudos por naturaleza, por ejemplo: «El moridero», «Los gitanos», «El potro castrado», «El perro sarnoso», «Los húngaros», etc.; ausencia de aspiraciones reformadoras, musicalidad e impresionismo en las descripciones.

---

[1] Juan Ramón Jiménez: *Estética y ética estética.*

[2] Breve título, estar ligado a la poesía descriptiva, descripción de una región, provincia, ciudad, estilo descriptivo o dialogado, aparecer en forma de memorias, epístolas, paseos, etc.

Centro Virtual Cervantes

En *Platero y yo* el costumbrismo se expresa de manera más vigorosa en determinados capítulos, en los que Moguer, sus gentes, su folklore, la vida pobre del pueblo, la naturaleza de la Andalucía atlántica, aparecen nítidamente expresados.

Moguer, visto a través de los sentimientos y del lirismo del poeta, se erige junto a Platero, en el personaje imprescindible de la elegía. Es en estos cuadros costumbristas donde presentimos la influencia bienhechora de la Institución Libre de Enseñanza sobre Juan Ramón Jiménez y su obra. Cuando don Francisco Giner de los Ríos [3] yacía en su lecho de muerte, gravemente enfermo, recibió la visita del poeta y dirigiéndose a él con *Platero y yo* en sus manos, lo abrió por el capítulo donde narra la muerte del burrito, y le dijo:

> «—Es perfecto. Con esta sencillez debía usted escribir siempre. Pero no se envanezca.» [4]

Si centramos nuestra atención en Moguer, comprobamos que el poeta lo vio desde perspectivas opuestas:

Vida	Muerte
Espíritu	Materia
Presente	Pasado

en un juego dialéctico que estudiaremos brevemente.

1. El Moguer viejo

En la descripción del Moguer viejo hay como una especie de balanceo sentimental del poeta, entre lo que ha muerto o se está muriendo y un sentimiento incontenible de esperanza y optimismo. Así, en los capítulos «El cementerio viejo», «La plaza vieja de toros», «La fuente vieja», «Las tres viejas», «El burro viejo» (es interesante el empleo reiterativo del adjetivo viejo, como subrayando el peso material del tema) predomina un tono de tristeza y melancolía ante la ruina y la muerte inevitable. Por otra parte, el ritmo es lento, sereno... mas, inesperadamente, surge un sentimiento vital, de optimismo, el poeta lo expresa brevemente, de manera concisa. Así, en «El cementerio viejo» frente a la muerte hecha piedra, revolotean los gorriones, juegan los niños del enterrador y Platero mira «...dos mariposas blancas». La vida se impone a la muerte.

> «El patio nuevo... Espera... ¿Oyes? Los cascabeles... Es el coche de las tres, que va por la carretera a la estación... ¡Calla! El tren de Ríotinto que pasa por el puente...»

Esa misma técnica de contraste, pero más sutilmente expresada, la hallamos en «La plaza vieja de toros». Aquella plaza con sus ruinas ennegrecidas que Juan Ramón, niño entonces, la veía siempre como algo misterioso y amenazante. Este sentimiento se borra ante el breve comentario de los mayores.

> «—Sí, la plaza del Castillo que se quemó... Entonces sí que venían toreros a Moguer.»

El poeta evoca un Moguer ruidoso con las tardes bulliciosas de las corridas y el apasionamiento de aficionados y los toreros arriesgando su vida.

En «El burro viejo» la reflexión surge melancólica.

---

[3] FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS (1839-1915), krausista, fundador de la Institución Libre de Enseñanza y del Instituto Escuela. Catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Central.

[4] G. PALAU: *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez.*

Centro Virtual Cervantes

«—¡Qué traba la de la vejez, Platero! Ahí tienes a ese pobre amigo, libre y sin irse, aun viniendo ya hacia él la primavera. ¿O es que está muerto como Bécquer, y sigue de pie, sin embargo? No se cómo irme de aquí; no se qué hacer, Platero...»

La descripción de «La fuente vieja» se expresa mediante un profundo lirismo en que predomina una visión impresionante de verdes, rosas, azules, blancos, oros y malvas. El sentimiento de muerte desaparece ante esta reacción vital.

«La fuente vieja... encierra en sí, como una clave o una tumba, toda la alegría del mundo, es decir, el sentimiento de la vida verdadera. Es la cuna y es la boda; es la canción y es el soneto; es la realidad y es la alegría; es la muerte...»

Con una concisión y sencillez extraordinarias, el poeta nos presenta la imagen perfecta del fluir de la fuente, símbolo de la vida.

II. **El Moguer vital**

Los elementos esenciales de este Moguer son el pan y el vino. Los capítulos: «El pan», «La vendimina», «El vino» son, sin duda, auténticos cuadros de costumbres que, salvo variantes regionales y el empleo de la técnica moderna, perviven en los pueblos escondidos de las sierras, a lo largo y a lo ancho de la geografía peninsular.

«Los panaderos llegan trotando en sus caballos, se paran en cada puerta entornada, tocan las palmas y gritan: ¡El panaderooo!... Se oye el duro ruido tierno de los cuarterones que al caer en los canastos, que brazos desnudos levantan, chocan con los bollos de las hogazas, con las roscas...»

Y la alegría de la escena cotidiana se interrumpe porque

«...los niños pobres llaman al punto a las campanillas de las cancelas o a los picaportes de los portones y lloran largamente, hacia adentro: ¡Un poquito de paaan!...»

«El pan»

La descripción se hace detallada, jubilosa, en «La vendimia», proporcionando una visión de Moguer exultante de vida.

«Bajo el gran nogal que cayó el tejado, los bodegueros lavaban, cantando, las botas con un fresco, sonoro y pesado cadeneo; pasaban los trasegadores, desnuda la pierna, con las jarras de mosto o de sangre de toro, vivas y espumeantes; y allá, en el fondo, bajo el alpende, los toneleros daban redondos golpes huecos, metidos en la limpia viruta, olorosa.»

No falta el recuerdo nostálgico de una perdida abundancia.

«¿Dónde están aquellos burros de Lucena... aquellas recuas que esperaban horas y horas mientras se desocupaban los lagares? Corría el mosto por las calles, y las mujeres y los niños llenaban cántaros, orzas, tinajas...»

Si en «El pan», el poeta compara a Moguer con una gran boca «que come un gran pan», en «El vino», cada calle moguereña y cada casa son semejantes a una botella en la estantería de Juanito Miguel o del Realista.

«Es como si el sol se donara en líquida hermosura y por cuatro cuartos, por el gusto de encerrarse en el recinto transparente del pueblo blanco y de alegrar su sangre buena.»

Centro Virtual Cervantes

III. El Moguer espiritual

Ese Moguer, pan y vino, hogaza humeante, botella de líquida hermosura se transfigura y recoge en su religiosidad. Navidad, Corpus, el Rocío son los tres capítulos dedicados a describir el sentimiento religioso, tal como se expresa en Andalucía, exaltado y apasionante.

El sentimiento religioso, transfigurado en misterio, en el Nacimiento se nos transmite por la actitud de los niños pobres.

> «Y los niños del casero, que no tienen Nacimiento, se vienen alrededor de la candela, pobres y tristes, a calentarse las manos arreciadas, y echan en las brasas, bellotas y castañas que revientan en un tiro.
>
> Y se alegran luego y saltan sobre el fuego que ya la nohe va enrojeciendo y cantan:
>
> Camina María,
> camina José...»

Estampa inesperada del Nacimiento, sin el oropel tradicional, pero con esos niños que cantan tristemente, tratando de desvelar el misterio de la canción.

La solemnidad de El Corpus, está como suavizada por la constante alusión a los frutos del trabajo, simbolizado en cada santo.

> «Lentamente pasa la procesión. La bandera carmín, y San Roque, patrón de los panaderos, cargado de tiernas roscas; la bandera glauca, y San Telmo, Patrón de los marineros, con su navío de plata en las manos; la bandera gualda y San Isidro, Patrón de los labradores, con su yuntita de bueyes...»

y también a Santa Ana... «dando lección a la Virgen niña...», y en la participación de Platero y las palomas que tejían «...sus altas guirnaldas de nieve encendida...».

> «Platero, en aquel hueco de silencio, rebuzna. Y su mansedumbre se asocia con la campana, con el cohete, con el latín y con la música de Modesto que tornan al punto al claro misterio del día; y el rebuzno se le endulza, altivo y rastrero, se le diviniza.»
>
> «El Corpus»

El capítulo dedicado a escribir la famosa romería del Rocío es completamente distinto del anterior. En «El Rocío» predomina un ritmo trepidante, donde personas, animales, cosas, parecen tocados de una alegría ilimitada.

> «Venían ya, cuesta arriba, las carretas...
>
> Pasaron, primero, en burros, mulas y caballos ataviados a la moruna y la crin trenzada, las alegres parejas de novios, ellos alegres, valientes ellas. El rico y vivo tropel iba, volvía, se alcanzaba incesantemente en una locura sin sentido. Seguía luego el carro de los borrachos, estrepitoso, agrio y trastornado. Detrás las carretas como lechos, colgadas de blanco, con las muchachas morenas, duras y floridas, sentadas bajo el dosel, repicando panderetas y chillando sevillanas...»
>
> «El Rocío»

Poesía y costumbrismo son los rasgos predominantes de *Platero y yo*. Precisamente, por esta ambivalencia, el librito inmortal ofrece ricas posibilidades para ser utilizado en nuestras clases de Español.

La ponencia de la profesora Matilde Goulard de Westberg, «Utilización de Juan Ramón Jiménez en la escuela» [5] que escuchamos en el Congreso de La Rábida, es una muestra elocuente de lo que acabamos de afirmar.

[5] Véase en la p. 69.

Centro Virtual Cervantes